

para tratarlas y cierta elocuencia en su lenguaje, circunstancias todas que contribuían á mantener su superioridad.

Después del combate de la Pitahaya, y de algunos disturbios de más ó menos importancia en el río Mayo, los indios vivieron en una paz casi satisfactoria en ambos ríos, hasta 1882. En este año, por causas que no es fácil determinar, efectuaron un levantamiento durante el cual Cajeme siguió su sistema de no aparecer como el instigador, sino como un servidor de las tribus. A consecuencia de algunos incidentes en el Mayo, en donde el Gobierno de Don Carlos R. Ortiz, se preparaba con fuerzas considerables, Cajeme resolvió moverse en el Yaqui: reunió gran número de guerreros y en principios del mes de Octubre penetró al Río Mayo y se situó en el pueblo de Echojoa con una masa de cerca de 3,000 indios entre Yaquis y Mayos, fuerza que los jefes del Gobierno hacían ascender á más de 4,000 hombres en los partes que rendían. Para mantener á sus soldados, Cajeme destacaba pequeñas partidas sobre los ranchos inmediatos, las cuales recogían ganado que servía para alimentar tan numerosa hueste.

El Gobierno tenía sus fuerzas en Navojoa en número como de 1,000 hombres, á las órdenes de Don Agustín Ortiz, hermano del Gobernador.

El jefe indio, temeroso de una acometida y con el fin de estar más cerca de los ranchos que le proporcionaban la alimentación de sus tropas, se movió de Echojoa y se situó en Capetamaya, movimiento que ejecutó engañando á Ortiz y haciéndole creer que dividía sus fuerzas. Este creyó, en efecto que no se habían situado en Capetamaya más que unos mil indios, y con el fin de sorprenderlos y darles un golpe, que desmoralizara el grueso del enemigo, salió el 15 de Octubre de Navojoa con 150 hombres de infantería y 130 jinetes; hizo una marcha violenta para sorprender á los 1,000 indios que suponía en Capetamaya, mas al llegar á aquel rancho, en la mañana siguiente, encontró allí á Cajeme en persona con todas sus fuerzas. Se trabó un combate sangriento y terrible en que los soldados y oficiales de Alamos se batieron con denuedo. Cajeme resistió el choque con valor y fué herido en una mano, de cuyas resultas perdió un dedo. Después de una larga y encarnizada refriega, los indios huyeron hacia el Yaqui y Ortiz y sus fuerzas salieron dispersos por diversos rumbos, quedando en el campo como 200 indios muertos. Las fuerzas del Gobierno tuvieron una pérdida de 15 muertos y 50 heridos.

Esa jornada, aunque poco feliz para Cajeme, le dió entre los suyos el prestigio de un valor personal de que dió pruebas durante el combate, y los indios quedaron contentos por que, aun cuando tuvieron que refugiarse en el centro del Yaqui, con su jefe herido, no se emprendió ninguna persecución sobre ellos.

No pudo hacerse esto, porque las fuerzas de Ortiz habían quedado también muy mal paradas y disminuidas por la dispersión y porque en aquellos momentos se complicaron de tal manera los asuntos políticos del Estado, que el Gobernador Ortiz se separó del Gobierno y se marchó á la capital de la República.

Desde esa época y con sólo la excepción de algunas alarmas en el Mayo, los indios permanecieron relativamente quietos. Cajeme volvió al Yaqui y siguió gobernando á las tribus, contento de mantener su independencia y su dominio absoluto sobre ellas. Previendo que necesitaría sostener nuevas guerras para prolongar aquel estado de cosas, dedicóse con empeño á proveerse de armamento, quitando á los viajeros que se aventuraban á entrar al Yaqui, toda clase de armas que llevaran, adquiriendo cartuchos por los medios que tenía ya establecidos y predicando con nuevo ardimiento la necesidad de resistir al dominio de los blancos.

Sin embargo, como sucede en toda dominación larga, el cacique ya había perdido en los últimos años mucho de su prestigio; en varios pueblos del Río se oían murmullos de descontento y ya asomaba la cabeza una oposición que podía convertirse en una tempestad. Cajeme, que en los primeros años había guardado una conducta privada intachable, había ido

poco á poco relajándola; de continuo se embriagaba y cometía faltas á los más débiles y junto con su intemperancia se había desarrollado en él el vicio de las mujeres, que lo hacía cometer atropellos muy mal vistos por una tribu cuya cualidad relevante es la honestidad. Pero la energía que había desplegado siempre para castigar á los descontentos estaba viva en la memoria de los indios y nadie se atrevía á promover un disturbio interior. Muchos de los que no estaban satisfechos de aquella situación, porque hubieran sufrido en sus personas ó en sus intereses las persecuciones de Cajeme, se habían salido del Yaqui y vivían ó en Guaymas ó en las haciendas del interior, esperando una oportunidad para destronar al que por tanto tiempo había dominado las tribus.

Algunos de esos descontentos se unieron al ex-Teniente General del Río, Loreto Molina, se armaron como pudieron y sigilosamente en número de 30 hombres, se embarcaron en Guaymas en una canoa, tomaron tierra en la ensenada de los Chiltepines y haciendo una marcha forzada se presentaron la noche del 28 de Enero de 1885, en la casa de Cajeme, con el fin de apoderarse de él; pero Cajeme había emprendido ese mismo día un viaje al Mayo y no encontrándolo los asaltantes, incendiaron la casa, atropellaron á su familia, hicieron fuego sobre algunos indios hiriendo á uno y tomando presos á uno de los Generales de Cajeme, de nombre Juan Siquili y á tres indios más, emprendieron la marcha de regreso, no sin que en el camino los alcanzara una partida de guerreros que los tiroteó, consiguiendo que se escaparan los prisioneros.

En su tránsito al Mayo alcanzó al cacique la noticia de lo sucedido á su familia, regresó inmediatamente, ordenó que fueran detenidas en el Médano algunas lanchas de Guaymas que había allí á la sazón y dirigió una comunicación oficial al Capitán de Puerto de Guaymas, diciéndole que aquellas embarcaciones no quedarían en libertad, sino previo el rescate de 50 á 200 pesos por cada una, según su capacidad, que se pagarían en el término de diez días, después de cuyo plazo no debería contarse con las lanchas que no hubieran sido rescatadas.

Al mismo tiempo mandó á decir al Prefecto de Guaymas, por medio de un comisionado, que deseaba saber si el asalto sufrido en su casa había sido ordenado por la Prefectura ó si era obra exclusiva de sus autores; que en el primer caso, hacía presente su extrañeza, pues él era un buen mexicano dispuesto á defender su patria en cualquiera guerra extranjera, y en el segundo pedía que se persiguiera y castigara á los ejecutores de aquel atentado, pues de lo contrario, se vería obligado á tomar el desquite haciendo algunos daños en los puntos inmediatos al Río.

Para que sus amagos no fueran vanos, Cajeme se ocupó desde luego en reunir á los indios por medio de sus lugartenientes, organizándolos con el fin de estar prontos para la guerra, dió órdenes al Mayo para que se hostilizara al Distrito de Alamos, y como no se rescataran las lanchas que había detenido en el Médano, las mandó incendiar y en número de 22 fueron presa de las llamas.

Además destacó algunas partidas de sus soldados sobre los ranchos inmediatos á ambos Ríos y ya para el 21 de Febrero había cumplido su promesa de hacer daño, pues los indios habían atacado y robado el rancho de la Noria, cerca de Baroyeca, habían puesto fuego y destruido la pequeña hacienda de las Termópilas, en el Valle de Guaymas, dando muerte allí al Sr. Joaquín Salazar y se habían llevado algunos ganados de los ranchos inmediatos al Mayo.

Así comenzaron las hostilidades en la última revolución del Yaqui: no la seguiré paso á paso en todos sus incidentes, porque esto sería muy largo, y sólo referiré los más notables y más relacionados con el héroe de esta narración.

Mientras los indios se ocupaban de atacar los ranchos indefensos y robar en los despoblados y Cajeme organizaba sus elementos de guerra, el Gobierno Federal y el del Estado se

habían resuelto á emprender una campaña formal sobre las tribus hasta someterlas al orden y con tal fin se reunían fuerzas de guardia nacional en varios Distritos y se concentraban las tropas federales hacia el teatro de la guerra, avanzándose algunos pequeños destacamentos rumbo al Yaqui en los lugares por donde los indios hacían más comunmente sus salidas.

Después de los preparativos necesarios, en los primeros días del mes de Mayo, las fuerzas que se habían reunido, 800 hombres del Estado y 1,400 de la Federación, emprendieron resueltamente su marcha sobre el Yaqui, en dos columnas de igual fuerza, una por la Misa, Ilitaco, Mapole y la Pitahaya, á las órdenes del General en Jefe José Guillermo Carbó, y la otra por Buenavista, Jecatacari y Cócorit, al mando del General B. Topete, con el proyecto de reunirse en día determinado en el pueblo de Tórin, en el centro del territorio sublevado.

Cajeme, por su parte, se había ocupado en hacer sus preparativos de defensa; había reunido como 3,000 guerreros en diversos grupos mandados por los Generales de los pueblos, y para tener un punto de apoyo había construido el fuerte llamado del Añil, cerca del pueblo de Vicam, en el centro de un espeso bosque á la margen izquierda del río: este fuerte consistía en un ancho foso que abarcaba un recinto bastante extenso cortado medio á medio por la carretera que viene de Tórin: detrás el foso tenía una fuerte empalizada de gruesos maderos clavados en tierra, capaces de resistir las balas de cañón; detrás de esta empalizada, estaban las fuerzas principales de los indios divididas en varios grupos, cada uno de los cuales defendía determinado punto de la fortificación. Cajeme estaba allí y tenía á su cargo uno de los puntos de defensa. Dentro de aquel recinto se habían acopiado algunos víveres y ganado, y para no carecer de agua, Cajeme había hecho construir un camino cubierto hasta el río, en una distancia como de 800 metros.

Además de las fuerzas encerradas en el Añil, el cabecilla Yaqui tenía á todo lo largo del río varias columnas expedicionarias y muchos grupos, más ó menos importantes, que se ocupaban, unos en reunir á los Yaquis dispersos y otros en el merodeo.

El General Carbó llegó al Médano, estableció allí su cuartel general para tener expeditas por mar las comunicaciones con Guaymas y despachó al General Lorenzo García con 600 hombres á fin de que, en el día determinado, se uniera con el General Topete en Tórin.

Este Jefe, desde su salida de Buenavista, tuvo que sostener constantes tiroteos durante la marcha; llegó sin ninguna novedad de importancia á Tórin; se unió allí con García, quien en seguida retrocedió con su columna hacia Pótam; dejó al Coronel Lorenzo Torres en Tórin con cerca de 500 hombres y él (Topete) con 600 soldados y una pieza de artillería, siguió el 16 de Mayo hacia el Médano, por la margen izquierda, en busca del Cuartel general. Esta columna tropezó en su marcha con la fortificación del Añil y el General Topete mandó atacarla con infantería y con el cañón que llevaba; pero los indios, alentados con la presencia de Cajeme, la defendieron detrás de los parapetos y rechazaron á Topete obligándolo á retirarse á Vicam, dejando en el campo 20 muertos y logrando salvar 50 heridos que tuvo, y el cañón, gracias al arrojo del Coronel Juan A. Hernández, Jefe de la caballería.

El Teniente del 6.º Batallón José A. Morales, murió valientemente al pie del parapeto y el Médico Cirujano Ricardo E. Aguilar, de las fuerzas auxiliares, se hizo acreedor á una mención especial por su digno comportamiento.

Este contratiempo, por ligero que fuese, envalentonó á los Yaquis, confirmando el prestigio de Cajeme, quien por primera vez entre ellos había introducido el sistema de la guerra defensiva en puntos fortificados, y no dejó de hacer sufrir á la moral de las fuerzas del Gobierno.

El cabecilla Yaqui mandó entonces fortificar algunos lugares que juzgó ventajosos para la resistencia y dió orden á todos sus subalternos para no presentar batalla en ninguna parte y



GENERAL JULIO M. CERVANTES

no batirse sino detrás de trincheras; este sistema obtuvo éxito por el momento, y aunque las fuerzas del Gobierno derrotaban de continuo á las partidas de indios que lograban encontrar en campo raso, y aun que llegaron á atacar en algunas fortificaciones, como sucedió en el cerro del Onteme, la verdad es que no se atrevían á tomar el Añil ni otros lugares dentro de los bosques en donde los indios se habían hecho fuertes.

El jefe de la columna que atacó el Cerro del Onteme fué el Gral. Juan B. Camaño, concurriendo á este asalto el Teniente Coronel Francisco Arvizu, el Mayor José María Villarreal, el Coronel Lorenzo García, jefe del 6.º Batallón, Capitán 2.º de artillería Mariano Alvarez, Batería Fija Miguel Gutiérrez, Batallón No. 25 al mando del Coronel Carlos E. Margain, Batallón de Sonora al mando del Coronel Eleazar B. Muñoz, Mayor Isidro Castanedo, 1er. Cuadro de caballería á las órdenes del Coronel Juan A. Hernández, 2.º Cuerpo de caballería, Tenientes José M. Cervantes y Celso León y los escuadrones de Hermosillo, Sonora y Tecoripa.

Tanto los jefes y oficiales como la tropa, se batieron con desnudo; pero aunque los indios fueron derrotados, en el Onteme les quedaba la fortificación del Añil y algunas otras posiciones ventajosas.

De esta manera se prolongaba la guerra, y aunque Cajeme tenía la esperanza de que el Gobierno diera por terminada la campaña sin otros resultados como había sucedido constantemente, también temía que en esta vez insistiera en ella hasta hacer la conquista definitiva de las tribus y hacerle perder su dominio en el Río. Con el fin de explorar el ánimo de los Jefes del Gobierno y para ganar tiempo en espera del mes de Julio, época de las lluvias y de los grandes calores en que las operaciones se hacían más difíciles, Cajeme ordenó á sus Generales Anastasio Cuca y Juan María, que entraran en pláticas con el Jefe del destacamento situado en Tórin, ofreciendo someterse al Gobierno y vivir en paz, á condición de que las fuerzas evacuaran inmediatamente el Yaqui; pero semejante convenio era inadmisibile, ni siquiera podía discutirse, y se exigió á los sublevados que se sometieran, entregando las armas y sin concedérseles más garantías que las de respetar sus vidas é intereses, quedando sujetos á lo que el Supremo Gobierno tuviera á bien determinar respecto de ellos, condiciones que por su parte tampoco quisieron admitir los sublevados.

En los incidentes que quedan narrados y en otros de escasa importancia, pasó el tiempo hasta el mes de Julio, época en que se dispuso retirar las fuerzas del Yaqui y situarlas en puntos donde á la vez que pudieran pasar cómodamente la mala estación, estorbaran á los indios el salir á merodear.

Aquella retirada fué un triunfo para Cajeme: él y todos los indios consideraron que se daba por terminada la campaña y que continuarían como hasta allí, viviendo independientes. La tribu había quedado arruinada con la guerra; pero eso era para ellos de un interés secundario; algunos bienes habían logrado salvar en el fondo de los bosques y de las marismas, y para ir recuperando lo perdido y proporcionarse medios de vivir, dispuso Cajeme que todos los indios se ocuparan de sembrar y aun que se restableciera el pequeño tráfico comercial que tenían con Guaymas, en donde vendían los productos de sus pequeñas industrias y se proveían de lo que les hacía falta.

Pero aquella retirada de las fuerzas no era más que una pequeña tregua, y las operaciones deberían renovarse tan luego como pasara la mala estación.

Muerto el Gral. Carbó en Octubre de 1885, quedó con el mando provisional de las fuerzas el Gral. Marcos Carrillo; el Gobierno dispuso que vinieran nuevas tropas para emprender otra vez la campaña, y Cajeme pudo convencerse de que en breve se renovarían las hostilidades.

Los indios, que habían sufrido mucho durante la guerra y que seguían sufriendo grandes

necesidades, porque no se les permitía mantener ningún tráfico con el resto del Estado, comenzaron á huir de los ríos en grupos más ó menos considerables, procurando refugiarse en las poblaciones del interior. En el Mayo estaba muy dividida la tribu entre la paz y la guerra y viendo Cajeme que necesitaba medidas enérgicas para comunicar á los demás su energía y decisión, emprendió un viaje á aquel Río, mandó fusilar al cabecilla Andrés Capusari, que se había inclinado al partido de la paz, infundió confianza á los Mayos y los dejó resueltos á continuar defendiéndose.

Se acercaba el momento de renovar las hostilidades y algunas personas de Guaymas, deseando evitar, si era posible, nuevas desgracias á los indios, obtuvieron del General Carrillo permiso para entablar negociaciones con Cajeme, para ver si lograban someterlo convenciéndolo de su impotencia. Por medio de un Yaqui le escribieron una carta el Cura D. Tomás G. de Galdeano y D. Nicanor Ortiz, invitándolo á la paz; pero Cajeme contestó que podían ir al Río á tratar de ella. En efecto, los señores expresados y D. Nieves Acosta se presentaron en Potam á mediados del mes de Diciembre. En aquel pueblo estaban reunidos los Gobernadores, generales, muchos indios de los ocho pueblos y dos representantes del Mayo, pues el cabecilla seguía su sistema de someter á la multitud las resoluciones de importancia y de interés común. Se les hizo saber, por medio de intérpretes, el objeto de que se trataba, se habló de los beneficios de la paz bajo la obediencia al Gobierno y á las leyes, y habiendo manifestado los indios que se sometían, se redactó un acta en que se hacía constar. Entre tanto, Cajeme, para alejar toda sospecha de que él dirigía á la asamblea, se mantuvo retirado en un bosque: al irse á firmar el acta por los que sabían escribir, mandó pedirla con dos ayudantes, y un momento después, al frente de una tropa considerable, ocupó la gran plaza del pueblo y acompañado de su Estado Mayor, se dirigió á los negociadores de Guaymas y les manifestó su aprobación por lo hecho, como un acto de la voluntad de la tribu. Se le pidió que firmara el acta y contestó: «Mi palabra tiene tanto valor como mi firma, y siempre han hecho la paz los pueblos sin firmar ni el papel más insignificante.»

Esta contestación puso término á aquellas negociaciones que, por otra parte, nadie llegó á crear formales. El mismo Cajeme era el primero en no hacer mérito de ellas, pues nunca llegó á pasar por su imaginación la idea de someterse incondicionalmente sin luchar antes hasta lo último. Se mostraba deferente á lo acordado por la multitud, porque esa era la base de su sistema y el secreto de su prestigio, pero nunca podría resignarse á perder su cacicazgo.

Lejos de aceptar las proposiciones de paz que se le hacían, activó sus preparativos de guerra; reforzó sus fortificaciones y construyó otras nuevas; mandó fabricar gran cantidad de pólvora, que los indios saben hacer aunque imperfectamente y muchos arcos y flechas para los guerreros que no tuvieran armas de fuego; escondió en las quiebras de la sierra todo el ganado y las semillas que fué posible acopiar, y estableciendo su cuartel general en Ráun, puso una fuerza avanzada sobre la Pitahaya para vigilar al enemigo y se dedicó con empeño á infundir en los indios el entusiasmo por la guerra.

El Gobierno Federal nombró al Gral. Angel Martínez Jefe de la 1.<sup>a</sup> Zona Militar, que comprende los Estados de Sonora y Sinaloa y el Territorio de la Baja California, y á este jefe le correspondía dirigir las operaciones sobre los ríos. En Enero de 1886 llegó á Alamo y con verdadero empeño se ocupó de los preparativos necesarios para emprender una campaña vigorosa; poco después que él, llegó también á aquella ciudad el 12.<sup>o</sup> Batallón del Ejército con 600 plazas; se llamó del Distrito de Moctezuma el 11.<sup>o</sup> Regimiento; se organizaron fuerzas del Estado en número considerable, y en el mes de Marzo el Gral. Carrillo, con una columna de 1200 hombres, marchó de Guaymas sobre el Yaqui, mientras que el General Martínez, con fuerzas que no bajarían de 1500 hombres, iniciaba las operaciones sobre el Mayo, derrotando

á los indios en varios encuentros y tomándoles algunos prisioneros. A principios de Mayo el General Carrillo tomó la fortificación del Añil por medio de un combate, el General Martínez entró al Yaqui con su columna, y dados el empeño y la actividad de este jefe, todo hacía esperar un encuentro decisivo con el grueso de los indios.

No cogieron desprevenido á Cajeme aquellas operaciones; pero su inferioridad era evidente y en vano trabajaba por mantener organizadas y moralizadas sus fuerzas; los indios tenían miedo y se le desbandaban, desparramándose en pequeños grupos por los bosques y solamente por su prestigio personal y estimulándolos con la necesidad de hacer unidos la defensa común, mantenía algunos grupos considerables sobre las armas y extendía su influencia sobre todos. El caudillo indígena comprendía que no podía defenderse en las márgenes del Yaqui, en donde se le anunciaba una persecución activa y vigorosa, y fué á tomar una magnífica posición en el fuerte del Buatachive, en la Sierra de Bacatete, en donde además de las defensas naturales, había mandado construir otras que hacían el punto casi inexpugnable.

Esta fortificación estaba situada como á cuatro leguas al Norte del pueblo de Tórin, en los desfiladeros de la sierra. Una cordillera que corre de Sur á Norte formaba el punto de apoyo de la espalda de los indios. Por la derecha, el frente y la izquierda, formando un arco muy cóncavo cuyos extremos se apoyaban en la cordillera, había diseminados aquí y allá distintos cerros que Cajeme mandó enlazar por medio de fuertes muros de piedra que servían perfectamente de trincheras. Dentro de este contorno que ligeramente hemos bosquejado, había un valle, que era el recinto fortificado, como de una legua y media de circunferencia, con un pequeño manantial.

El caudillo indio creyó que aquel era el punto más á propósito para reconcentrar sus elementos de defensa y para inflamar de nuevo con la esperanza de un triunfo, el espíritu demoralizado de la tribu.

En consecuencia, dispuso trasladar allí todos los ganados y el grano que aún había existentes, reunió dentro de la fortificación todas las partidas armadas de que logró hacerse obedecer y dió orden para que todos los indios, aun las mujeres, los niños y los inútiles, fueran á guarecerse allí de la persecución de las fuerzas del Gobierno.

Para estimularlos á cumplir esa orden, hizo trasladar allí los santos de las iglesias, objeto el más venerado de las tribus. Estas medidas llevaron á Buatachive como cuatro mil indios de todo sexo y edad, quedando otros muchos diseminados á lo largo del Yaqui, dentro de los bosques y en la sierra. De los guerreros quedó una guarnición en el Añil y muchas partidas de merodeadores sin lugar fijo.

Cada día se hacía la posición de Cajeme más y más difícil, pues las subsistencias comenzaron á faltarle en el Buatachive y ya no tenía cómo alimentar ni á los indios ni á los ganados. Consumidas todas las reses y los rebaños de carneros, se alimentaron con los caballos y una gran cantidad de burros, animal que abunda mucho en el Yaqui.

Pero esta alimentación pésima, la aglomeración en que se vivía y la falta de habitaciones para guarecerse del sol, hicieron que tomara un desarrollo espantoso la epidemia de la viruela, causando espantosos estragos. Sin embargo, Cajeme estaba resuelto á sostenerse allí hasta el último trance, pues se creía más seguro de las fuerzas que lo perseguían, que en ningún otro lugar del Río.

Los prisioneros que el Gral. Carrillo tomó en el Añil el 5 de Mayo informaron de la existencia del fuerte de Buatachive y de que Cajeme estaba allí con todas sus fuerzas, y el General Martínez, aplaudiendo aquella oportunidad que se le ofrecía para acabar la campaña con un solo golpe decisivo, resolvió inmediatamente atacar la posición.

Los días 8, 9, 10 y 11 fueron empleados en reconocer la fortificación, situar las fuerzas